

do con que satisfacer sus materiales apetitos, sin importarles, por otra parte, que la justicia sea una mercancía; que los derechos del hombre sean una bella ilusión; que el pueblo permanezca sumido en la ignorancia; que el capitalista explore á su sabor la indigencia de los pobres y que el despotismo arrastre su vida de violencias de uno y otro confín de nuestra infortunada Patria.

Por lo anterior vemos, que los funcionarios públicos, además de los defectos ya enumerados están atacados de un egoísmo desconsolador, llevando esa pasión al grado de decir no pocos de ellos, que poco les importa la salud de la Patria, lo que les contrista es la mala salud del Presidente. Para ellos, pues, el Estado es el Gral. Díaz.

Con lo asentado basta para comprender que ningún funcionario público (Secretarios de Estado, Gobernadores, Diputados, Magistrados, Jueces, etc., etc., etc.) tiene mérito alguno para poder ser colocado en la Primera Magistratura de la Nación, porque no son hombres de carácter, porque son instrumentos; porque no aman á la Patria; porque no son liberales; porque están enfermos de egoísmo y porque no tienen más ideal que la comodidad propia.

El Gral. Reyes, como funcionario; está incluido en la enumeración hecha por nosotros, y conforme á nuestro criterio independiente, el Gral. Reyes no tiene las circunstancias requeridas para ser Presidente de la República.

## La Juventud y el servilismo.

Cada día se acentúa más la sospecha de que el reservismo militar no es más que el disfráz con que se oculta un necio partido político, el *reyismo*.

En varias ciudades de la República se instalan clubs de reservistas, y algunos de esos clubs, sin rubor de ningún género dan á sus agrupaciones, el nombre de Bernardo Reyes.

El día veinte del corriente, los reservistas, no todos, sino los que al amparo de una nueva tiranía quieren medrar

para que signifique algo su insignificancia, se apresuraron á enviar sus felicitaciones al Ministro Reyes asegurándole su adhesión en términos alambicados y ampulosos, propios para disimular el escuálido intelecto de los felicitantes.

Un sinnúmero de soldaditos reservistas de San Luis Potosí, invadió la oficina telegráfica de aquella ciudad, con el fin, según dijeron los pequeños serviles, de *"tener la honra de felicitar al Sr. Ministro de la Guerra por el día de su santo."*

Pusieron en efecto un nauseabundo telegrama de doscientas palabras, que los niños pagaron á escote con el dinero que sus papás les dan los domingos para que compren golosinas, pero que los chicos, ávidos de demostrar su adhesión al Ministro Reyes, gastaron en el necio telegrama.

Pero los chiquillos tropezaron con la dificultad de que ignoran la gramática y todo lo indispensable para redactar el más insignificante párrafo de gacetilla, porque esos niños gustan más de perder su tiempo en marchas y estériles evoluciones, que de asistir á las desiertas escuelas, donde pudieran aprender á ser ciudadanos y no soldados.

Con gran calor discutieron los chicos los términos en que debía quedar redactado el servil telegrama: *"este no era bastante cariñoso; aquel epíteto era débil para dignificar al egregio soldado, al hábil estadista, al hombre del porvenir; este adjetivo era pálido para calificar á tan excelsa personalidad; el de más allá no cuadraba bien á la marcial arrogancia del General,"* y no transcribimos toda la discusión, porque haríamos pasar un mal rato á nuestros lectores, á quienes daría náuseas tanto servilismo almacenado en el ridículo telegrama de doscientas palabras.

Esos son los soldaditos que defenderán á la Patria en caso de peligro internacional.....

Nos reiríamos, si no se tratase de algo serio, bastante serio, que hay debajo de ese ridículo aparato de género chico. Detrás de toda esa comedia de la tiranía, hay algo desconsolador, algo trágico que se enharina el rostro para hacer reir, por que teme que si se despoja de sus lentejuelas y cascabeles retrocederíamos espantados. Detrás de esos risibles ornamentos, palpita una miseria, una debilidad aprovechada por los tiranos para su sostenimiento, y que se llama servilismo. Y el servilismo, repugnante entre sí, cuando se manifiesta en los viejos, es más